

Eloy Urroz

LA FAMILIA INTERRUMPIDA





© de la obra: Eloy Urroz, 2011, 2016

Este libro se escribió en parte con la ayuda de The Citadel Foundation

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna Ediciones: abril de 2016

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA
ISBN: 978-84-944243-8-0
Depósito Legal: M-6641-2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



*A la memoria de mi sobrino Marcelo.
Para Antonio, Raquel y Luciano.*

Todo caerá contigo, como oropel de la fiesta una vez terminada, hasta la sombra de unos días a los que diste morada en la música, y nadie podrá ya evocar para el mundo lo que en el mundo termina contigo. ¿Lastimoso? Para ti, quizá. Pero tú no eres sino una carta más en el juego, y este, aunque el reconocerlo así te desazone, no se juega por ti ni para ti, sino contigo y por un instante.

LUIS CERNUDA

La historia de la humanidad no existe; sólo existe un número indefinido de historias de toda suerte de aspectos de la vida humana... Una historia concreta de la humanidad, si la hubiera, tendría que ser la historia de todos los hombres. Tendría que ser la historia de todas las esperanzas, luchas y padecimientos humanos. En efecto, no existe ningún hombre más importante que otro, y, evidentemente, esta historia concreta no puede escribirse. Debemos hacer abstracciones, debemos eliminar, seleccionar y con ello llegamos a la fuerza a la multiplicidad de historias...

KARL POPPER

—... es necesario ir pensando en la muerte.

—¡Qué ocurrencias tienes! ¡Y yo que me dispongo a empezar a vivir!

—Yo pensaba de igual modo hace muy poco. Pero ahora... Ahora veo que la muerte no está lejana.

LEV TOLSTÓI

1

—Quisiera ver tus ojos otra vez.

Leyó el *e-mail*, el cortísimo, escueto mensaje. Una, dos, tres, cuatro veces. Era tan breve que podía releerlo cien veces en un minuto. Pero ¿para qué? El mensaje era más claro y contundente que la sólida pantalla donde lo leía y releía pensativo, extrañado. Lo firmaba una chica, o más bien: no lo firmaba nadie. De hecho, no lo firmaba nadie. Coligió simplemente que se trataba de una mujer porque la dirección electrónica decía *rosasetefilla@yahoo.com*. Por eso, de inmediato supuso, conjeturó, que el nombre de pila debía ser Rosa, sí, pero podía ser cualquier otro. Todavía perplejo, levemente intrigado, le dio vueltas a la taza de café turco en sus manos; la giró una y otra vez como a un trompo de colores. ¿Era una broma? ¿Quién diablos era Rosa o quién se apellidaba Setefilla? ¿De dónde había salido? ¿Y por qué lo quería volver a ver, es decir, por qué quería volver a ver sus ojos? ¿Qué tenían sus ojos de especiales? Creía estar seguro de jamás haber conocido a una mujer con ese nombre y mucho menos a nadie con ese misterioso apellido, se dijo absorto con el calor de la pequeña taza en las manos; sin embargo, un segundo más tarde, rectificó: debía al menos haberse cruzado en la vida con alguien con un nombre

parecido, pues el apellido le sonaba de algo, algo lejano, indistinguible o espurio. Era una corazonada, apenas un escozor, claro. Pero ¿se trataba de una mujer? ¿O podía ser un hombre? Pero ¿quién? Con todo, lo cierto es que no tenía la más remota idea por más que se empecinó esa tarde, o la hora y media de tarde que quedaba en Nueva York, ya que entonces (lo comprobó desde la ventana) despuntaba a lo lejos la noche o el pálido ocaso, cierta amoratada oscuridad en el cielo recortado de Manhattan.

Se encendió un cigarro, cruzó las piernas y se quedó pensando un rato más sin dejar de mirar por la ventana.

2

Para entender (o atisbar) una guerra como la de España o la de México o cualquier otra guerra, con su millón de muertos, con su millón y pico de muertos, con su vesania y su horror, con sus miles de niños muertos, con sus miles y miles de niños muertos, con su amargura y su desastre, con los cientos de miles de pequeños muertos o exiliados con padres y abuelos vivos, con adolescentes fusilados o torturados, para entender (o atisbar) su espanto y su dolor, la incalculable estupidez y la miopía, hay que ir de lo particular a lo general y nunca, nunca, al revés porque la infamia no se comprende al revés, porque al revés no se percibe —mucho menos estruja— lo que, de otro modo, debería hender la carne, la médula del alma, la espina dorsal; lo que, de otro modo, debería deplorarse y avergonzar toda la vida. Sobre todo, avergonzar.

Acaso sólo se perciba (y esto a duras penas) lo particular, lo atómico, lo ínfimo e infinitesimal. Al revés, imposible. Al revés, la vesania y el miedo se pierden o distorsionan, el dolor se confunde o se angosta. Se angosta. Esta es, por tanto, una pequeña historia de lo particular, de lo *muy* particular, de lo *más* particular. Y también sobre los hijos que Luis y Luis no tuvieron y sobre los niños que los dos

perdieron alguna vez. Y por eso justamente es la única historia que cuenta en este mundo (esta mota de polvo llamada mundo) donde lo general despista, engaña o se desvanece en el ambiente como gotitas alcanforadas, como lágrimas rubias. Lo más ancho es siempre una abstracción, una pura conjetura elaborada y emborronada por las cifras y los datos que, la verdad sea dicha, nadie entiende y que no dicen, para colmo, nada a nadie.

La verdad es que Luis Salerno Insausti, mexicano autoexiliado en Nueva York, no siempre supo que no tendría hijos; alguna vez, adolescente, muy joven, se soñó padre, se imaginó papá de un niño de tres o cuatro años o, quién sabe, de diez u once. Un niño hermoso, moreno, feliz, inteligente. Pero ¿cuándo lo soñó? No lo sabía a ciencia cierta. Hacía mucho, mucho tiempo de esto. Esa felicidad era antigua, sin fecha exacta. A duras penas sin embargo, y con harto pesar, fue sabiendo lo contrario. Lo conjeturó casi al mismo tiempo que descubrió su nuevo (misterioso) secreto, su diferencia, su homosexualidad: poco a poco sintió que prefería a los hombres (o a algunos hombres) por encima de las mujeres, o que simplemente las mujeres (las más bellas) le gustaban menos, mucho menos que *algunos* hombres. No obstante, sucedió de forma gradual, imperceptible... incluso para sí mismo, que deseaba estar atento a todo lo que sucedía a su alrededor. La amargura, lo sabía ahora, también fue gradual. Jamás lo cogió desprevenido.

Si mal no recuerda, el rijoso descubrimiento o premonición de que no sería papá (nadie le diría papá en este mundo o mota de polvo) llegó de la mano de esa *otra* revelación: la de su homosexualidad, la de su mariconería, como la llamaría Jacinto, su mejor amigo,

quien no tenía idea de ella pues no la había antes de partir a Nueva York. Pero... ¿qué era *eso*, qué significaba ser *gay* o maricón o joto o puto o lo que fuera, si nunca se había acostado con un hombre? ¿Se podía *saber* algo así, de buenas a primeras? ¿Se podía, acaso, sentir esa diferencia... y dónde o cómo se sentía? ¿Se trataba de un picor ilocalizable, de un escozor imaginado? ¿Era necesario acostarse, primero, con un hombre para serlo o bastaba que un día, cualquier día, te gustara más un hombre que una mujer?

Con todo, saberse sin un hijo fue, y siguió siendo por años, el más ruin de los hallazgos, el verdaderamente atroz, el que contaba al fin y al cabo: no sería padre, nadie le diría papá a pesar de que en el fondo, y por contradictorio que parezca, tenía enquistadas las más nefandas ideas sobre lo que este puto mundo, el Leviatán, podía ofrecerle a un niño recién llegado al siglo XXI.

3

Vivir en casa de los Vullioni, en el condado de Oxfordshire, era casi peor que vivir ovillado en una trinchera, inmóvil, para no morir acribillado por una bala franquista. Cada día se volvían más agrias las horas que Luis pasaba allí, en la estrechez de esa pequeña vivienda burguesa, con una pareja completamente desconocida, de costumbres raras y ajenas, quienes, para colmo, no hablaban una palabra de español. Estaba, como quien dice, atrapado allí, en esa recámara prestada, en ese crujiente suelo prestado, en otro país cuya lengua no hablaba, tratando de no toser, de no rascarse, de no moverse demasiado (ni siquiera para ir al baño) para no hacerse sentir, para hacerse invisible a esa pareja de ingleses. Y todo por culpa del imbécil de Stanley, quien jamás entendería ni vislumbraría su complicado interior; todo por culpa de o gracias a ese inglesito amanerado a quien, en definitiva, aborrecía ahora más que nunca, sobre todo desde que, por mediación de él o de su poderosa madrina, se hallaba metido (y esta vez hasta las narices) en este triste, horrible berenjenal: asistir a los niños vascos exiliados en Gran Bretaña, transterrados como él, solitarios como él, desesperados e impotentes, nostálgicos de su patria y su familia al igual que él, Cernuda, de treinta y seis años de

edad, justo *nel mezzo del cammin*, ¿quién lo diría? Pero... volvió a recapacitar, todavía tirado en su estrecha cama: ¿en qué diablos habría estado pensando el imbécil de Stan cuando se le ocurrió socorrerlo enviándolo a la propiedad de *lord* Farringdon, el millonario altruista que prestaba sus residencias (casas de labor) a cientos de niños refugiados de entre los casi cuatro mil que arribaron? Allí estaba ahora él, Luis, desde hacía casi tres semanas, socorriendo a los niños como Dios le daba a entender (aunque no creyera en Dios); ayudando y limpiando orinales, haciendo lo que le ordenaban los santos ingleses del Basque Children's Committee desde primera hora de la mañana y hasta bien entrada la noche, y todo esto justo cuando pensaba que su lado altruista y filantrópico (cualquiera que este fuera) había concluido con aquellas Misiones Pedagógicas a las que asistió, infatigable, hacía cinco o seis años cuando entonces, sí, entonces, no se veía ninguna guerra venir, cuando todos (o la mayoría de sus amigos) tenían los ojos vendados, ciegos a lo que se aproximaba, comentando despreocupadamente la pintura de los clásicos a los tímidos aldeanos o bien improvisando obras de teatro en La Barraca con el cándido fin de educar al pueblo inculto.

4

Tenía treinta años recién cumplidos la misma semana que llegó al aeropuerto internacional JFK con la idea precisa de quedarse el tiempo necesario para que el odio o la furia con que había abandonado México fueran desmayando o consiguiera sepultarlos treinta metros bajo tierra. Cuando Luis Salerno Insausti llegó a Manhattan y empezó a buscar apartamento, periódico en mano, intuía que el proceso (el alivio) podía llevarle tres meses o veinte años. Por lo pronto —y esto en un simple abrir y cerrar de ojos—, eran cinco ya: huidizos, efímeros y en tropel, como todo lo acontecido en Nueva York. Tenía treinta y cinco años y el mundo había girado tan deprisa como un trompo de colores, tal y como ocurre con lo que tiene electrones y gira estrepitosamente en la Gran Manzana, ese monstruoso juguete donde el tiempo no cuenta... o, si cuenta, se escurre y se filtra por las coladeras, por los negros riachuelos, entre las pisadas de los agitados transeúntes. El tiempo allí no cuenta en absoluto, ahora lo sabía Luis con conocimiento de causa, y estaba bien así, estaba mucho más que bien: era justo y benigno y oportuno que así fuese. Era *eso* lo que deseaba aunque jamás se lo hubiese confesado a sí mismo: se trataba del tiempo benevolente, el tiempo absolvente de

los que quieren zanjar u olvidar o aliviarse de algo ruin y, por demás, áspero. Eso había buscado, eso tenía ahora. Alivio, olvido, cierta (evanescente) paz interna. Pero ¿cuánta en realidad? ¿Qué tan auténtica era esa mentada paz conseguida en la soledad del bullicio neoyorquino? No lo sabía con certeza, empero en ese entonces, un lustro hacía ya, se trataba, primero, y antes que de cualquier otra cosa, de abandonar la ciudad de México, de dejar lejos, arrinconada, a su familia, de desalojar de su garganta el sinsabor con que terminaron las cosas antes de largarse, esas cosas difíciles e irreconciliables, esa desavenencia que surgió en cuestión de semanas poco antes de marcharse (por fin) de la capital... Pero ¿cuándo exactamente comenzó todo? No lo recordaba con exactitud: quedaba el puro sedimento del café en su pequeña taza con filos dorados. La fecha segura en que todo ese embrollo familiar comenzó no la podía precisar por más esfuerzos que hiciera en recordarla esta noche lejana. Ahora tenía frente a sí, allá afuera, un pedazo de luna gris perla atorado entre las ramas de un árbol. ¿O era un pájaro? No era, por supuesto, la luna, pensó y se encendió un segundo cigarrillo. De cualquier manera, se dijo, la beca de la New York Film Academy llegó a su vida en el mejor momento, justo cuando ya no podía más, cuando no soportaba no comprender a su padre y a su hermana Diana, a toda esa gente que conocía y que creyó amar, cuando lo desbordó la fuerza apabullante de la diferencia (la nítida diferencia) entre ellos y él, entre su padre y él, entre Diana y él, entre el mundo burgués que lo rodeaba y él, ese otro auténtico burgués de mierda que se llamaba Luis Salerno y que se creía (ja, ja) tan distinto y *poco* burgués, tan poco común.

Estudiar cine, continuar con su amor por el cine, era apenas, si acaso, una tabla de salvación, mas una tabla en el mar embravecido en que su familia se le había convertido de la noche a la mañana. Después de años dedicado a la fotografía y a estudiar películas de arte como mero sucedáneo de *eso que no era todavía* pero hubiese querido ser (un gran director de cine), haber sido aceptado en el NYFA y estudiar lo que más le interesaba en la vida era algo así como una perla dentro de una ostra en un mar embravecido. Eso había buscado, eso tenía (su arte, el cine, Nueva York, la soledad y el bullicio) aunque en el fondo, y apenas esa noche con ese extraño correo electrónico y la taza vacía en las manos lo venía a atisbar, todo eso era (si apenas) la fachada, la coartada secreta, el motivo callado de todo lo demás: salir de la ciudad de México para que el odio o la ira con que la había abandonado (familia incluida) fueran desmayando o los pudiera sepultar treinta metros bajo tierra en el magma helado.

5

Su amigo Jacinto lo llamó por teléfono:

—Luis, tengo que hablar contigo.

—Di, ¿qué pasa? —respondió él desde el otro lado.

—No, en persona. Tiene que ser en persona.

—¿Es tan importante?

—Si no lo fuera, te lo diría ahora mismo, so pendejo. Por eso mismo te tengo que ver, no quiero que te me desmayes...

—Pues dímelo, hijo de puta. Ahora no me vas a dejar en ascuas —insistió Luis, de súbito intrigado—. ¿Qué pasa? ¿Algo malo? ¿Te cortaron? ¿Se murió alguien?

—No, nada de eso. No mames. ¿Me oyes triste o despechado?

—No... Entonces, ¿qué?

—Ya te dije que en persona, cabrón. ¿Estás sordo? ¿Mañana puedes o mejor pasado mañana? Tú dime.

—Puedo hoy, ahorita mismo —rezongó Luis desde el otro lado.

—Yo no puedo hoy. Estoy saliendo ahora mismo —respondió Jacinto, y de inmediato concluyó, casi desmoralizándolo—: Mañana en la tarde, si quieres; a la hora que te convenga. Hoy no me sacas nada. Ya te dije: estoy saliendo de casa.

—Qué hijo de la chingada eres, Jacinto.
—¿A qué hora, pues? Tengo ya que irme.
—A las cinco o cinco y media, antes no puedo; tengo que comer con mis papás. Ya había quedado con ellos.
—A las cinco en mi casa. Perfecto.
—No me vas a dejar dormir con la pinche duda.
—Ese es tu pedo, no mío. Adiós. —Y Jacinto colgó el teléfono sin decir nada más, dejando un insidioso hilo de duda, una ponzoñosa culebra en el aire...

Con la taza de filos dorados todavía entre las manos, Luis Salerno Insausti recordó esa antigua (maldita) noche y la llamada de Jacinto; las recuerda porque no pudo pegar los ojos..., pero sobre todo porque tampoco consiguió dormir la noche siguiente, ni la siguiente. Tres al hilo, como una culebra insidiosa y perversa. Había batido récord de insomnio. Oír a Jacinto en su *pied-à-terre* al otro día a las cinco resultó evidentemente muchísimo peor: le quitó el sueño y sólo se lo pudo devolver el primer pedacito de valium que se había tomado en toda su vida.

Tras echar un nuevo vistazo a la calle y al pedazo de luna gris perla que miraba desde su ventana, Luis se levantó de la silla giratoria y fue a calentar más agua en la ollita de peltre que sólo usaba para preparar su amado café turco. La moderna maquinita española para preparar expresos encapsulados yacía arrinconada, pues jamás se acostumbró a ella desde que se la regalara Alfredo.

6

Una hermosa mañana del 22 de abril de 1937, a bordo del viejo trasatlántico *Habana*, entraron al puerto de Southampton tres mil ochocientos niños custodiados por cuatro enfermeras, catorce sacerdotes, dos médicos, noventa y cinco maestras y ciento veinte auxiliares. Doscientos niños más siguieron camino a la llamada área nacional francesa antes de que Francia (como Poncio Pilatos) se lavara cobardemente las manos ante la querrela española. Los cuatro mil infantes venían de la sitiada ciudad de Bilbao, cuyo gobierno había decidido evacuarlos justo al final del cerco, cuando la derrota republicana era, al parecer, algo inminente. La aprobación de asilo que Su Majestad Británica había extendido llegó apenas a tiempo junto con el *Royal Oak* y un destructor inglés enviado ex profeso a la costa cantábrica para escoltar a esos niños a su nuevo hogar. Ahora, sin embargo, no había otro remedio que aceptar la humillación de salir huyendo de tu propio país, de tu ciudad, de tu casa y de tu lecho y sin tus padres, y todo por culpa de esos miserables compatriotas con cruces en el pecho, tus enemigos encarnizados. El 26 de abril, cuatro días después del desembarco, la Luftwaffe destruía la ciudad de Guernica.

Ahora allí estaban esa mañana de abril, desembarcando por las tablas tendidas cientos de niños desaharrapados, sucios y tristísimos, huérfanos, docenas de ellos, desamparados o aturridos por el viaje o la guerra, sin idea cabal (o sin ninguna idea) de qué estaban haciendo allí, de por qué sus madres no los habían acompañado (si es que aún seguían con vida). Sólo los mayores podrían haber tenido una noción del sitio al que arribaron, pero ni siquiera eso, pues lo cierto es que adonde primero llegaron tras el desembarco fue a un improvisado campamento en las colinas de North Stoneham, no muy lejos del puerto, en el condado de Hampshire. Por espacio de dos o tres semanas, esa multitud hambrienta y desamparada, atribulada e inocente pernoctó en improvisadas tiendas de campaña o incluso a la intemperie si la noche, benévola, lo propiciaba; allí comían los niños en largas mesas de madera construidas para la ocasión; allí miraron, en el cinematógrafo, películas de Charlot, Buster Keaton, los hermanos Marx y Harold Lloyd y Laurel y Hardy, pudiendo, quizás, olvidarse unas pocas horas de su angustia y la incertidumbre que sobre ellos se cernía.

Los altavoces no paraban de dar instrucciones todo el día en español y en euskera al tiempo que los niños iban y venían jugando por el campamento, algunos con sus nuevas pelotas de fútbol. A veces se peleaban, otras se escondían y corrían unos tras otros, las más se ensuciaban en libertad, aunque esta era aparente, pues, a diferencia de ese campamento donde debía mantenerse un orden, durante el sitio de Bilbao de donde venían, esos pequeños (niños de doce o trece años) habían sido, paradójicamente, más libres, y también más responsables de su libertad, al haber auxiliado a padres y

tíos milicianos. A su lado habían cavado y construido trincheras, cargado fusiles, esquivado balas, sepultado muertos de parientes y vecinos. Dentro de lo que cabía, y mientras el recientísimo recuerdo no se cebara en la memoria, estos niños vivían el presente de la primavera campañina inglesa: eran precariamente felices a su manera, bulliciosos y traviosos a pesar de su orfandad y su destierro.

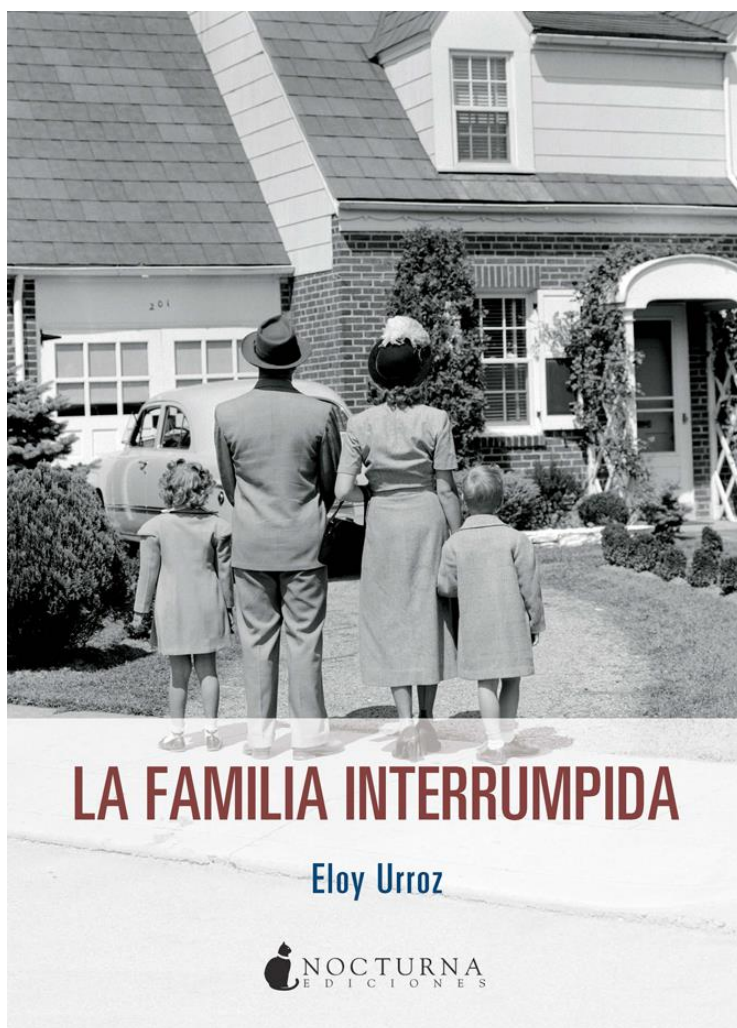
La tarde de junio en que las autoridades inglesas los reunieron para anunciarles la caída de Bilbao, la victoria franquista y, por tanto, el muy improbable regreso a España, los niños mayores cayeron en espasmos de dolor o desmayados sobre el césped mientras que los menores lloraron inconsolables, un río de llanto que no sabían a ciencia cierta a qué atribuir o con qué relacionar, pero que cundía en los rostros despavoridos de sus compañeros y hermanos mayores, en los gestos desencajados de maestros y enfermeras que los venían acompañando desde la evacuación y creían (todavía creían) que todo, al final, era cuestión de tiempo, de muy poco tiempo.

Al final, los dos meses se convirtieron en dos años. Justo al final, cuatrocientos niños se quedaron para siempre en Inglaterra. Los demás fueron repatriados al final de la guerra.

SIGUE LEYENDO

LA FAMILIA INTERRUMPIDA

Eloy Urroz



ISBN: 978-84-944243-8-0 | PVP: 15,00 € | A la venta: 18-04-2016

 **NOCTURNA**
E D I C I O N E S